282

Rem. V

*R*OMANCE NUEVO

EL CASTIGO DEL ASECINO.

POR F. O.

En las orillas del Torme,
bajo de un hermoso cielo,
está sita Salamanca
ciudad de minerva asiento.
En esta ciudad vivía
un ilustse caballero,
á quien conoce la fama
por Antonio de Requedo.
Tubo de su matrimonio
un jóven llamado Anselmo,
de condicion muy dañina,
y en las costumbres perverso.
Una tarde del Otoño,
saliendo á dar un paseo;
del jóven amor tirano
asaltó tenaz el pecho.
Adelayda se llamaba,
la jóven que en mil portentos
tiranamente robóle
del corazon el sosiego.
De la mas perfeta Venus,
atractivos y embelesos
nada fueran á su lado,
prévio el prudente cotejo.
La viveza de sus ojos,
su tierno ademan modesto

el color de pulcra rosa,
eran las gracias modelo.
El albor de pecho y manos,
y de su rostro alagüeño:
el color de blanca nieve,
dejára eclipsado y feo.
Cual suelen preclara vista,
turbar del sol. los reflejos;
asi quedó la del jóven
y de amor perdido y ciego.
Con trémula voz, asorado
y mal articulado acento
¿quién eres ninfa le dice,
que al solo mirar me has muerto?
Yo soy, responde Adelayda,
la que del hogar paterno,
formo el placer y delicias
la dulce paz y consuelo.
=Si á tus gracias, bella jóven,
añades tales aumentos,
quien habrá que no se rinda
y no te quiera al momento....!
Yo constante, por mi honor,
en nombre de Dios eterno,
tu fino esposo y amante
el ser, y leal te ofrezco.
La jóven medió turbada,
cuasi perdido el aliento
le dice que á su buen padre,
pida esta gracia primero.
Marcharon á donde estaba,
siguiendo sus galanteos,
prodigándose cariños
mil promesas y requiebros.
En efecto, alli llegados,
rogaron con noble esfuerzo;
y el padre entónces consiente,
si consiente el de Requedo.
Corre velóz á su casa
nuestro jóven don Anselmo,
altivo y acelerado,
pide al padre su concenso.
Este le niega la gracia,
y al escucharle resuelto,
es muy en valde le dice,
con otra casarte quiero.
Los celos, la ira, el odio,
la venganza y desespero
asaltan, combaten, rinden
de nuestro jóven el pecho.
Cual precipitado rayo,
que fulmina el alto cielo,
al crímen mas ecsacrable
se precipita luego.
Durante una clara noche
con fino puñal, proterbo
del padre el corazon pasa
una y mil veces cruento.
Sangre y mas sangre despide,
y á crímen tan vil y horrendo
la luna oscurece y tiembla
todo aquel recinto y suelo.
Venganza y muerte señala,
mi Dios bondadoso y recto;
riumban do quier y cahen
rayos de esterminió y truenos.
Monta un fogoso caballo,
que en las orillas del Duero,
naturaleza enseñóle
sér mas que el viento ligero.
Parte con él, y en el campo,
jura y rejura tremendo:
pues Adelayda no es mia,
tiemble de mi el orbe entero.
Apenas la hermosa Aurora,
alumbró con sus luceros,
divulgóse en la ciudad
tan ináudito suceso.
No es posible de Adelayda
pintar todo el desconsuelo,
el llanto, los tiernos ayes
del amor indicio cierto.
A consejo de su Padre,
y al vér de Anselmo el ecseso,
anhela dejar el mundo
y encerrarse en un convento.
Volvamos á nuestro jóven,
que en rabia y venganza ardiendo,
cual fiera sangrienta corre
á su fin fatal postrero.
No lejos de la ciudad,
encuentra unos vandoleros
de quienes eficazmente
se ofrece ser compañero.
Estos á una voz al punto
al observar su denuedo
le aclaman por capitan
de toda la orda de ellos.
Recorren todo aquel campo,
y su furor á un mancebo
roba, y le dá cruda muerte
al pié de un manso arroyuelo.
Una tierna hermosa jóven
entre apartados senderos,
hacen de su vil lacivia
víctima y torpes deseos.
Torpe y vilmente cumplidos
sus criminales intentos,
su pura sangre á raudales
hacen que riegue aquel suelo.
Al favor de oscura noche
la casa de un Molinero
asaltan, roban y á todos,
hieren y matan mas presto.
A la voz de tantos males,
se atemorizan los pueblos
y los campos y caminos,
quedaban cuasi en desierto.
Aquí y allá perseguidos
su fin probaron funesto,
menos Anselmo que escapa
per su caballo ligero.
Corre veloz y llegado
al ancho y hermoso puerto
de Cádiz, do fuertes olas
combaten del mar soberbio.
Entre una gente morisca,
toma su partido luego;
blanco turbante le adorna
corvo reluciente acero.
Del mar salóbre á las aguas,
entregan el frágil leño
y en pocos dias dejaron
del Gades las playas lejos.
A las de Constantinopla,
llegaron en breve tiempo
á do altivo el Musulman,
empuña tirano el cetro.
De su jornada los moros
cuenta á su Señor le dieron,
y muy mucho ponderaron
de Anselmo el gran ardimiento.
Al punto manda el Sultán,
venga á su presencia luego;
y al verle, quedó prendado
y en sus tropas le dá puesto.
Con sus huestes belicosas
contra el Arabe altanero,
manda que parta y derroque
su inobediente proyecto.
No tardó que su valor
en los bellicos encuentros,
buscó los mas peligrosos
y mas eminentes riesgos.
En poco tiempo, de Arabia
devuelve al turco el imperio,
despues de haver entregado
miles ciudades al fuego.
De laurel frondoso ornada
la hermosa cien, su regreso

Col. Compte

Constantinopla celebra
con fiestas, bayles y juegos.
Mas los placeres del mundo,
son falsos y pasageros,
que á las delicias mas grandes,
suceden los contratiempos.
Amor con su llama activa,
abrasa su crudo pecho,
la hermosa y tierna Adelayda
es su placer y recuerdo.
En medio de tanta dicha
solo le falta el objeto,
á quien su amor consagrára
y jurára por su dueño.
Otro crímen horroroso;
concibe y piensa resuelto;
quiere robar su Adelayda
para cumplir su deseo.
Pide al Sultán una gracia
y és, le conceda el recreo
del campo por cuatro meses,
y este la concede atento.
Dejado el blanco turbante,
en clase de pasagero
el rumbo toma de España
en barco veloz y griego.
Pisa las playas de Cádiz,
y con valor y denuedo
á Salamanca dirige
sus pasos tenaz y fiero.
Llegado una oscura noche,
y disfrazado, en silencio
de su querida la casa
pisa amoroso y tremendo.
Huérfana estaba Adelayda,
entra y la coje resuelto;
ésta suspira y se asusta
y espide tiernos lamentos.
No temas mi bien, le dice,
solo á que me sigas vengo
solo tu dicha procuro
no pierdas tan grato tiempo.
Es muy en valde responde,
tengo mas nobles intentos;
mi corazon y mi mano
ceder mañana pretendo.
Del santo claustro al retiro,
solo quiero á Dios eterno
y los placeres y dichas
de su mano solo espero.
Una y mil veces el jóven,
emplea amoroso el ruego:
nanada consigue y venganza
solo concibe violento.
Saca el puñal patricida,
girta Adelayda al momento;
y pertinaz y obsecado
causa su muerte luego.
La fuga emprende el tirano,
corre asorado cual viento,
do quier dirije sus plantas,
do quier se dirije incierto.
El triste *grito*, á un vecino,
dispierta y le priva el sueño;
vé la desgracia y conmueve
el alta voz todo el pueblo.
De mil peligros cercado,
cede por fin su ardimiento;
y en triste y oscura cárcel,
llora el malvado ya preso.
El cuarto dia, al cadalso
acaba su vida Anselmo
á los perversos dejando
tan triste y fatal ejemplo.
A tal desgracia escarmiente,
y tiemble todo perverso:
que al vil cruel asecino
siempre le castiga el cielo.

FIN.

Con licencia.=*Barcelona*: Imprenta de Estivill, calle de la Boria.